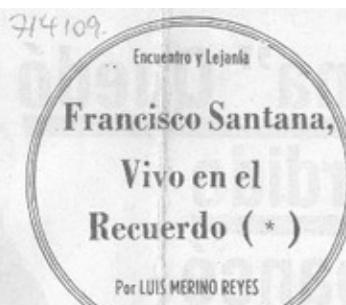




FRANCISCO SANTANA en un rincón de su mundo de los libros, donde perdura su recuerdo.

El tiempo pasa rápidamente; hace poco más de un año, el 13 de octubre de 1979, cayó herido de muerte el poeta y ensayista Francisco Santana, víctima del atropello de un vehículo motorizado en la noche santiaguina del barrio alto.

Vi por primera vez a Francisco Santana en el Liceo Nocturno Federico Hansen de la capital. Ambos careciamos de exámenes válidos por el sexto año de humanidades, como se denominaba entonces al término de la educación secundaria y trabajábamos para ganarnos la vida. Santana en la Biblioteca Nacional y yo en una sórdida repartición pública. Ambos teníamos poco más de 20 años. Nos sentamos por azar en los últimos bancos del viejo Liceo de Aplicación y allí mismo se inició nuestra amistad. Santana era un mozo pálido, de viva mirada negra y pelo crespo. Daba una impresión de fragilidad, a pesar de que, según supimos después, había sido un buen deportista; pero de esa afección adolescente no hablaba nunca el poeta. Su tema eran los avatares del amor y los libros, estos últimos pasión de pasiones, rumbo y soporte de su vida futura. El llegaba a la



instrucción nocturna, compuesta en su mayoría por gente adulta y de trabajo, con una formación lúca y yo venía de un severo colegio confesional, pero la primera discusión no se basó en ninguna creencia religiosa, simplemente en la literatura española y chilena, conforme a la versión que nos habían dado nuestros maestros míticos maestros. El debate íntimo saltó del banco retraído a toda la sala de clases y la audiencia no tomó partido, viéndolo más bien como dos fanáticos. Eso éramos en verdad sin que nosotros mismos lo descubriéramos tal como él es incapaz de escuchar el agua por donde nace y muere. Al poco tiempo, como es obvio, nos encontramos en la Biblioteca Nacional. Los libros y los lectores ya estaban en el mismo edificio donde se encuentran ahora, no en la vecindad del Congreso Nacional, pero el ambiente era distinto.

A la Biblioteca Nacional iban, aparte de los lectores obligados, la gente que se bañaba en el lavadero a causa de la sequía que vivía. Los primeros días de la novela pornográfica, los lectores oyeron críticas de "Los tres mosqueteros" y de "El defensor tiene la palabra". En la mañana y en la tarde, llegaban a la Sala Chilena de Lectura, el almirante Gajardo, pequeño con sus bigotes muy negras, vestido siempre de oscuro, y un señor Lyon, alto y rojizo como un lord inglés que también vestía como angloajeno y que se sacaba su deportivo sombrero redondo y lo situaba sobre la cabeza de Voltairé cuya sonrisa de mármol presidía la sala. "Aquí tienen a una gloria de nuestra Marina", decía el señor Lyon y mostraba a los lectores al almirante en retiro señor Gajardo. Este, entretanto, leía de pie, afirmado en la mesa central y comía círculos o duraznos comprados en la misma acera del templo cultural. En la oficina escritorios infatigablemente a máquina otro personaje de la cultura chilena: Raúl Silva Castro.

Francisco Santana caminaba rápido como lo hizo hasta el final de sus pulos y al descubrirnos estremecidos en la lectura, se nos aproximó y nos saludó con una sonrisa que hemos visto en muy poca gente, mezcla de afecto entrañable

y de firme amistad. Todo esto sin que estas virtudes dejaran a salvo nuestras ganas de desafiar a amigas y amigas y la fuerte emulación universal. Un día nos descubrimos en la noche con los marzorseros de unos versos y desde entonces la amistad se organizó por derrotar componer de sorpresa y sufriente. Santana disfrutaba en ese tiempo de una circulación mucho más amplia que la mía. De modo luego, venía de Tonelco hielada y poética zona de aire y cielos limpios, cuna de voces muy aladas y altas en nuestra poesía que han dejado como demonios desafinados a muchas liridas entusiastas de nuestra sufrida tierra. El libro inédito de Francisco Santana se llamaba "Cauces de la voz" y buscarse imprese no fue tarea fácil. Buscamos presupuestadas en las mejores imprentas de la época y Santana terminó compitiendo su libro en la imprenta "El Esfuerzo", simbólico de aquellas cultas.

Si cotizamos este libro inicial de Santana, "Cauces de la voz", con otra poesía de comienzos de más de algún genio de nuestro tiempo, descubrimos que aquella se salva hasta nuestros días por su decoro, por su natural sobriedad, por su límite.

La generación poética de 1930 tuvo la dicha o la desgracia de nacer justo al nacimiento del sistema solar de nuestra poesía. Gran parte de los poetas jóvenes de aquellos años resultaron calcinados, otros derivaron hacia la novela o el teatro y otros, como el autor de este artículo, le quedó esto último, invocando la voz por su austereidad de su carácter y por su trabajo cotidiano en la ciudad de los libros, allí donde puede apreciarse todo el valor y también el olvido de la letra impresa. Así brotaron y se sucedieron sus libros y fichas bibliográficas que culminan con su tomo "Evolución de la Poesía Chilena", aparecido en 1936 y que puede considerarse la cima de numerosos trabajos alegres.

Cuando apareció este libro con sello de Nascimiento y certificado firmado por Alfonso Calderón, nos encontramos con Santana en la vecindad de la antigua editorial. Era una mañana muy fría. Nosotros habíamos comprado recientemente el tomo, algo que sé sin duda le halagó y nos devolvimos con él para que lo firmara. Allí por rara conjunción literario-estatal, apareció Filebo y se estableció una conversación amable, pero algo que yo diré molestó al poeta que se mostraba en su estado más austero, con un libro crítico recién publicado y fue necesario agradecerle a medias con palabras y copias de la gran obra de Santana que en ese momento un editor fijo y violento exemplar de la provincia y mucha omisión en sus valoraciones la procedencia, el teatro del autor. Olvidaba que la mayoría de los perfiles de nuestra vida cultural vieneses de la provincia y que los taifalguines nos hemos limitado a contemplarlos arribados en la capital.

Pero en fin, terminaremos... Francisco Santana, el devoto de la letra impresa, del libro escaso, del autor olvidado, ha tenido la virtud, a un año de su muerte, de hacernos escribir como si estuviera vivo.

(*) Fragmento de un ensayo escrito por el autor y que servirá de prólogo a la reedición del libro "Cauces de la voz", poemas de Francisco Santana, editado por la Imprenta "El Esfuerzo" (Santiago), en 1936.

Francisco Santana, vivo en el recuerdo [artículo] Luis Merino Reyes.

Libros y documentos

AUTORÍA

Autor secundario: Merino Reyes, Luis, 1912-Merino Reyes, Luis, 1912-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1979

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Francisco Santana, vivo en el recuerdo [artículo] Luis Merino Reyes. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)